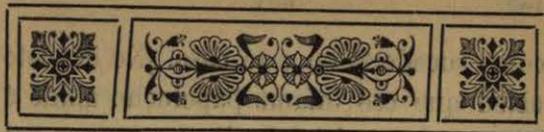


rabeau, hace reir Castelar; y al lado de Robespierre, parece Roque Barcia un figurón de sainete.

Encogíme, pues, de hombros, y disimulando el sobresalto que la descarada alusión á Boy me causaba, devolví el papelucho al tipejo madrileño.



XI

CHARLABAN animadamente mis compañeros de viaje, mientras leía yo el condeñado *Suplemento*, y en el punto en que puse atención á su plática, dijo el caballero de la corte:

—Eso es *lyching...*, puro *lyching...*

Y como el Canónigo le mirase sin comprender, añadió explicando su extranjerizada frase:

—La ley de Lynch, digo..., *el lynchamiento*.

—¡Exacto!—afirmó el caballero, deseoso de hacer ver que las explicaciones le sobraban. El lynchamiento... ¡Eso es! ¡Eso es!... El pueblo, la masa estúpida, constituida en juez del acusado y en verdugo del criminal...

—¿Del criminal?—le interrumpió con gran calor el madrileño.—Ó del inocente,

como sucedería en este caso. ¿No ha visto usted que ese infame papelucho alude á persona determinada?... Pues sepa que esa persona es un íntimo amigo mío...

Y con el tonillo de importancia propio de todos los cursis, cuando convierten en íntimo amigo á cualquiera notable que les ha saludado dos veces, añadió:

—Nada menos que el Conde de Baza.

—¿Conoce usted á Boy?—pregunté yo sin poder dominar mi sorpresa.

Y el tipejo, con el mayor descaro del mundo, contestóme sonriendo:

—¡Muchísimo!... Somos como hermanos...

Del baile del Casino nos fuimos los dos anoche al hotel de París, donde vivimos juntos en el mismo cuarto... ¡Figúrese usted si me constará su inocencia!

Atajáronme las ganas de reir que tan estupenda mentira me causaba, la sorpresa y la angustia que asaltaron al Canónigo al oír el nombre de Baza.

—Pero ¿es posible?—exclamó cruzando las manos.—¡Qué disgusto para el señor Duque!... Pues ¿y la Sra. Duquesa?... ¡Dios del cielo!... ¡Estará desolada!... ¡Ah!... Bien lo tenía ella previsto.

—¿Previsto?—replicó el madrileño con

un mohín de burlona extrañeza.—Quizá estaría mejor dicho, *preparado*...

Dijo esto el caballereito con intención tan marcada y tan aviesa, que el Canónigo, poniéndose muy serio, respondió algo alterado:

—Digo *previsto*, porque conozco mucho á la Sra. Duquesa de Yecla; me constan su virtud, su previsión y su prudencia, y más de una vez la he oído lamentar las... locuras de su hijo político, y presagiarle alguna desgracia.

—Y yo digo *preparado*—replicó el madrileño con cáustico acento,—porque es público en Madrid que la Duquesa de Yecla detesta de muerte á Baza; que ella es quien le ha indispuerto con su padre, y que, por mejorar á los dos hijos que tiene, sería capaz de colgar de los pies al hijastro.

—¡Falso, falsísimo!—exclamó el Canónigo, alborotado ya del todo por la noble vehemencia de quien defiende á un amigo ausente.—La Sra. Duquesa ha sido siempre para su hijastro una verdadera madre, cariñosa, expresiva, llena de abnegación y ternura... Antes de ayer mismo me decía, después de Misa, mientras tomábamos el chocolate: «¡Ay, D. Domingo!... ¿Querrá

usted creer que esa criatura (el Condesito) no ha sido para poner á su padre dos letras el día de su santo?...» ¡Y esto me lo decía llorando!...

—¡Bah! Señor cura..., en cojera de perro y lágrimas de mujer, no hay que creer... ¡Llorando!... También los cocodrilos lloran.

—¡Señor mío!—replicó el Canónigo en el colmo de la indignación.—Una cuchufleta no es una razón, y mucho menos cuando se difama.

Y, como si quisiera poner punto final á tan enojosa contienda, abrió un librito de Horas, y púsose á rezar ó á simular que rezaba.

Mas el tipejo, clerófobo, sin duda, y ciertamente mordaz y mal educado, prosiguió su obra de tentar al Canónigo, dirigiéndose á mí como en demanda de auxilio.

—Pues si conoce usted á Baza—me dijo,—ya le habrá oído alguna vez definir á su madrastra: *El conjunto de todos los males, sin mezcla de bien alguno.* ¡Tiene sombra! ¿verdad?

—No, señor—respondí yo fríamente, deseoso de congraciarme con el Canónigo, cuya amistad con los Yecla me intrigaba.—Conozco á Boy desde que éramos niños,

pero nunca le he oído semejante cosa...

—Pues ¡claro está!—prorrumpió el Canónigo, acudiendo otra vez á la palestra, á mi reclamo.—Imposible es que el Condesito, por muy perdido que ande, no respete en el fondo á su madrastra... Hay que ver de cerca á esa señora, como la veo yo... Una mujer joven, enterrada en vida, al lado de un enfermo como el Sr. Duque.

—No sabía yo que fuese joven la Duquesa.

—Pues en la flor de su edad... Treinta años cumplió por Diciembre pasado.

En mala hora soltó el Canónigo aquella cifra tan redonda... Una voz irónica y desentonada repitió, como un eco, en el otro extremo del coche:

—¡Treinta años!...

Volvióse asombrado el buen señor ante aquel nuevo campeón que le agredía, y vió á la señora enlutada erguida en un rincón, chispeante, con el despecho femenino pintado en el rostro de la vieja que oye ponderar la falsa juventud de una contemporánea. Era una mujer de más de cincuenta años, muy ordinaria, cuyos guantes y sombrero no disimulaban la grosera vul-

garidad de sus modales, por aquello de Iriarte:

«Aunque la mona
Se vista de seda,
Mona se queda.»

Tenía un gran almacén de hierro en San Fernando, y según nos aseguró después el caballero anciano, había hecho su marido un buen caudal, al amparo del Arsenal de la Carraca.

—¡Treinta años!—tornó á repetir la vieja aun más irónicamente.—¡Y los que anduvo á gatas, y los que estuvo en la escuela, y los que pasó machacando malvavisco en la rebotica de su padre!

—Señora—le dijo el Canónigo, con tanta candidez como cortesía,—creo que la señora Duquesa sabrá mejor que nadie la edad que tiene, y ella misma me lo aseguró así, no hace dos semanas.

—Pues que se lo pregunten á la fe de bautismo—repuso con descortés acritud la vieja,—ó que me lo pregunten á mí, si no quieren ir tan lejos.

Y con la implacable habilidad de las mujeres para deshacer anacronismos en

materia de ajenas edades, prosiguió de esta suerte:

—Mire usted... Rita Bollullo, que así se llama ella, es sietemesina, porque nació con los sustos de aquello de Riego... Su padre era servil, y los liberales entraron en la botica y le rompieron los pucheros... El mío, que vivía en frente, lo escondió en su casa, y á la mujer también, que era Rita López, tía de ese peluquero que han matado hoy... No le guardará mucho luto la señora Duquesa, á pesar de que es su primo hermano... Pues sucedió que aquella noche vino al mundo Rita Bollullo, en mi casa... Yo era entonces chiquitina, chiquitina... Todo esto fué el año 20: estamos en el 69..., conque ajuste usted la cuenta.

Ajustéla yo para mis adentros, y resultaba muy claro que la Sra. Duquesa de Yecla frisaba ya en los cincuenta años.

Así lo hubo de comprender también el Canónigo, porque se retiró de nuevo á su monte Aventino, que era el libro de Horas, dejando libre el campo al tipejo y á la vieja. No se descuidaron ellos, y como si algún rencor les moviese, comenzaron un dúo de feroz murmuración, mezclando mentiras con verdades, y hechos absurdos

con datos muy curiosos, que anotaba yo en mi memoria, por lo mucho que tenían de interesantes.

Conocíase á la legua que el madrileño hablaba de oídas, y por darse importancia, refiriendo, como testigo de vista y actor muchas veces, todas esas murmuraciones y cuentos que de los centros aristocráticos pasan á más bajos círculos y se difunden con exageración y con escándalo por calles y plazuelas.

Supe más tarde que era aquel tipejo hijo de un notario muy famoso que andaba encausado, y que toda su amistad con Boy se reducía á la casualidad de haberse visto dos ó tres veces en no sé qué sala de armas.

Aseguraba él, sin embargo, haber recibido del mismo Boy íntimas confianzas, y tomaba con gran calor su defensa, atacando rudamente á la de Yecla. Era ésta, según él, una de esas madrastras legendarias, tipos de crueldad y de avaricia, que se había apoderado de las rentas y administraciones de la casa de Yecla, secuestrando por completo al viejo Duque, en perjuicio todo del hijastro.

—Figúrese usted que le tiene encerrado

en su propia alcoba, metido en una jaula... Verdad que el pobre viejo está chiflado de los pies á la cabeza; pero, hombre, ¡tenerlo en una jaula como un papagayo!... Yo antes iba de cuando en cuando á echar con él un cigarro, porque, francamente, me daba lástima; pero desde que la conocí á ella á fondo no he vuelto á poner los pies en aquella casa.

Y con un tono de desdén que no hubiera usado, ciertamente, un verdadero aristócrata, añadió:

—En Madrid no la tratamos nadie.

Llamóme la atención que, al oír el Canónigo aquello de la jaula, una fugitiva sonrisa pasó por su rostro, como pasa un soplo por la superficie de un lago. Á poco había yo de comprender muy bien lo que significaba aquella sonrisa del Canónigo y el extraño fundamento que tenía la invención de la jaula.

La vieja, por su parte, no se mordía la lengua, y dejaba escapar á borbotones la envidia y el despecho que la brillante fortuna de su *amiga de la infancia* le causaba, como si respondiese al recuerdo de años resentimientos.

Pidióle el madrileño informaciones sobre

el parentesco del *Pájaro verde* con la de Yecla, que él ignoraba, y ella, entre mil noticias cronológicas de los López y Bollullos, dejó escapar este *dato económico*, que llamó mi atención desde luego, y fué más tarde de verdadera importancia.

La grosera vanidad de la Bollullo hízole renegar de toda su familia al verse sublimada al ducado. Confinó á sus padres en una linda casita de Chiclana, que les pagaba ella misma, y rompió por completo con el resto de la humilde parentela.

Mas no era Joaquinito López de tan duro corazón que olvidase fácilmente á una prima Duquesa que podía ser explotable; y tales trazas le inspiró su cariño de primo, y tales le sugirió su ingenio de usurero, que logró al fin arrancar á la de Yecla una cuantiosa mesada, con la sola condición de estancar las fuentes de su cariño, y no reconocer con ella otro parentesco que el que tenemos en Adán y Eva todos los humanos.

Y lo más raro del caso, y lo que más llamó mi atención por su exacta coincidencia con cuanto Boy me había dicho, fué que la medianera entre el López rapabarbas y la Bollullo titulada, la negocia-

dora entre la encopetada Duquesa y el peluquero prestamista, era una Bollullo también, aunque Bollullo, ésta, de los Infantes; era, en fin—como hubiese dicho el madrileño,—nada menos que la Condesa viuda de Porrata.

—Crea usted—concluyó la vieja haciendo un guiño al tipejo y mirando al Canónigo de soslayo—que por su mal le salieron alas á la hormiga, y, ó no hay justicia en el cielo, ó hemos de ver á Rita Bollullo con las suyas cortadas.

Sudaba y trasudaba el buen Canónigo al oír aquellos datos biográficos de su amiga, que eran para él provocaciones directas, y un color se le iba y otro se le venía, presto unas veces á hablar, y resignado otras á callarse, como si luchase su prudencia con sus ganas de confundir á los maldicientes.

Optó al fin por el silencio, y no levantó los ojos de su libro hasta llegar el tren á San Fernando; mas cuando se apearon en aquella estación la vieja y el tipejo, librándonos al fin de su presencia, desbordóse su comprimida ira, dió rienda suelta á su facundia, y hube de escucharle un panegírico de la de Yecla, en que, con im-

parcialidad muy honda, confesó paladinamente que anduvo, sin duda, trascordada la Sra. Duquesa en aquello de los treinta años.

—¡Cosa más rara!—dijo con la hombría de bien que toda su persona reflejaba.— ¡Que no haya cosa más incierta que la edad de las señoras de cierta edad!

Dejéle explayar sus alabanzas, que tenían toda la fuerza expansiva del vapor comprimido, y preguntéle al cabo lo que desde el principio de la conversación ansiaba preguntarle: si era cierto que los Duques estuviesen en Andalucía, como antes había indicado; noticia esta que Boy ignoraba, y podía en aquellas circunstancias ser de grande importancia.

—Sí, señor—me contestó;—desde fines de Febrero están en el *Majuelo de Yecla*, y allí seguirán hasta que el Sr. Duque vaya á tomar sus aguas... Yo les digo misa los domingos, cuando vienen de temporada, desde hace más de siete años, cuando era yo teniente cura en la parroquia del Santo Ángel... De aquí viene mi conocimiento con esos señores; y después, hace dos años, el Sr. Duque — Dios se lo pague — me alcanzó la prebenda.

Terció aquí en la conversación el caballero anciano, que había hasta entonces guardado una silenciosa neutralidad algo soñolienta, y entre las ponderaciones que él hizo del *Majuelo de Yecla*, primero entre los riquísimos viñedos de aquella tierra, y las que el Canónigo siguió haciendo de toda la familia ducal, incluso de Boy mismo, divisé al fin las blancas azoteas de Cádiz, sobre su macizo pedestal de rocas y murallas. Un momento después, como espejo digno de aquella fiera Minerva, apareció la bahía á su derecha, extensa, tranquila, azulada, meciendo suavemente cien buques de naciones diversas, entre los cuales debía hallarse *El Ferrolano*.

Érame familiar aquel bello panorama desde mi infancia, y, sin embargo, al presentarse entonces á mi vista, sentí allá, en lo más hondo, algo pavoroso, desolado, como es la incertidumbre en la ausencia; algo que me recordó mis tiempos de guardia marina, mi primer viaje á la Habana con Boy, cuando sobre el puente de *La Blanca* nos vimos por vez primera sobre frágiles tablas, lejos de toda tierra, con la inmensidad sobre la cabeza y la inmensidad bajo los pies: ¡cielo y agua!

—Chico—me dijo él,—¡qué campo santo tan hondo!...

Salvé en un minuto la corta distancia que media entre la estación y el muelle de Cádiz, y lancéme en la primera lancha que me ofrecieron, sin mirar al patrón, ni decir otra cosa que:

—¡Á *El Ferrolano!*

Noté luego que se llamaba la barca *Santa Rita*, y túvelo por infeliz presagio, por ser este nombre el de aquella malhadada Rita Bollullo, que era desde la noche antes una obsesión de mi mente.

Estaba anclado *El Ferrolano* frente á la batería de San Felipe, entre un vapor de guerra alemán y una fragata mercante italiana, cuyo nombre recuerdo muy bien: *La Civita Vecchia*.

Notó el patrón de mi lancha el ansia con que miraba yo á *El Ferrolano*, y sin dejar de bogar, me dijo:

—Ahí tiene usted un anteojillo.

Cogílo, en efecto, y vi entonces claro y distinto, á bordo de *El Ferrolano*, mi ensueño de por la mañana... Apoyado en la borda estaba el oficial de guardia, observando atentamente con unos gemelos de mar, la lancha que me llevaba... Así me ha-

bía figurado yo encontrar á Boy, esperándome en su puesto. Tuve un movimiento de loca alegría...

Bogaba el patrón con vigorosísimo empuje... Unas cuantas brazas más allá, dióme un vuelco el corazón y solté el antejojo... Asomaban bajo los gemelos del oficial unas largas patillas negras, que no eran ciertamente de Boy... Ya no necesité cristales... Á la simple vista distinguí que el oficial se separaba de la borda y se adelantaba hasta el portalón, como si me hubiese reconocido y saliera á recibirme. Entonces le reconocí yo también... ¡No era Boy!... ¡Era Cayetano Méndez, el oficial que debía entregarle la guardia!...

Atracó el patrón al pie de la escala; mas yo, sin pisarla, grité desde la barca con un resto todavía de esperanza:

—¿Y Boy?

—Eso te digo yo... ¿Y Boy?—contestó Cayetano desde arriba.—Dos días hace que no le vemos, y hoy ha faltado á la guardia.

Parecióme que *El Ferrolano* entero se me venía encima con sus cañones y sus jarcias... Mas comprendí al punto que era lo más urgente justificar allí, por el pronto.

la ausencia de Boy, y contesté con bastante aplomo:

—Está su padre agonizando, con un ataque á la cabeza, y le han llamado... ¡Figúrate tú, con las historias y líos de su madrastra!

—Bien decía yo, que para faltar él, algo gordo le pasaba—respondió Cayetano con noble confianza.

Y yo, envalentonado con esto, proseguí mintiendo:

—Á mí me telegrafiaron que le buscarse en el barco, y le llevara allá cuanto antes... Porque el Duque no está en Madrid, sino en el *Majuelo de Yecla*, ahí á dos pasos... Pero sin duda, alguien le encontró en el camino, y se lo ha avisado.

—¿Cuándo cayó enfermo el Duque?

—Anoche—dije titubeando.

Y acordándome de repente de aquella carta misteriosa, que me aseguró Boy ser de Cayetano, preguntéle:

—¿Escribiste tú ayer á Boy?

—Yo, no... Hace más de tres días que no sé dónde anda...

Dióme tal coraje, que sin escuchar las ofertas de Cayetano, que me convidaba á comer á bordo, desatraqué yo mismo la

lancha con un puntapié en la escala, y mandé al patrón remar hacia tierra.

—¡Burunda! ¡Burunda! — me llamaron desde el barco.

Era el comandante D. Diego Navarro, de pie en el portalón, gritándome con ambas manos en la boca, á modo de bocina:

—Dígale á Baza que no se preocupe del servicio, que acá nos arreglaremos.

Me dieron ganas de llorar... Aquellas pruebas de afecto á Boy me oprimían el corazón, y salté á tierra triste y desanimado, dando ya por segura una catástrofe.

El viaje de vuelta fué para mí una especie de letargo, en que mi cerebro parecía haber perdido la facultad de unir y retener las ideas, encadenando tan sólo el ruido del tren con extrañas armonías, monótonas cadencias que iban á parar siempre al lúgubre estribillo:

«Tin-tin,
Á la puerta llaman»,

ó á la grotesca copla, origen de tantas desdichas:

«La mujer del boticario, etc., etc.»

Al llegar á X***, vi la estación desierta... Celestín me esperaba en el andén, trayéndome un abrigo, y se me acercó muy apresurado.

—¿Ha vuelto el Sr. Conde? — fué mi primera pregunta.

—No, señor—me contestó,—nadie ha venido.

Y me añadió por lo bajo:

—Véngase pronto, Sr. Marqués... Hay revolución, y la gente anda muy alborotada...

—Pues ¿qué sucede?...

Contóme entonces Celestín, que desde las primeras horas de la tarde andaban las turbas paseando por las calles, en una carretela vieja, un gran retrato de Joaquinito López, envuelto en paños ensangrentados. Azuzábanlas algunos cradores de plazuela, y pedían á gritos la prisión del asesino del peluquero ó la libertad de dos célebres federales, progenitores de *La Mano Negra*, Marcos y Canelo, que esperaban en la cárcel su condena de incendiarios. Por dos veces habían atacado varios grupos la cárcel, y sostenido con las tropas un breve tiroteo.

Subí en mi berlina, único coche que en

las afueras aguardaba, y mandé al cochero dirigirse, por donde pudiera, á casa del Juez de primera instancia, D. César Fernández y del Roble.

Vivía este señor una casa con muchos balcones, en la plaza del Clavero, frente por frente de la extensa y bien alineada calle de las Infantas, rebautizada en aquellos días con el flamante nombre de Serrano.

Al entrar en dicha calle fué preciso acortar el paso, porque la afluencia de gente lo coartaba. Frente á la plaza se detuvo el carruaje y fué ya imposible pasar más adelante. Llenábala una compacta muchedumbre de gente perdularia, en su mayor parte del campo. No se oía, sin embargo, otro rumor que el imponente murmullo que se desprende siempre del silencio de las multitudes, como si fuese su respiración misma.

En el centro de la plaza vi, á la luz de muchas antorchas que la rodeaban, una carretela vieja forrada de encarnado. Había en el testero un grotesco retrato de Joaquinito López, rodeado de ramas de ciprés, sangrientos pingajos y crespones de luto. De pie en el pescante peroraba un

hombrecillo; no llegaban hasta mí sus acentos, pero distinguía muy bien su violento gesticular y sus ademanes de energúmeno.

Calló al fin de repente, señalando con trágico ademán el retrato del peluquero y la casa del Juez de primera instancia. Un tremendo vocerío se levantó entonces en la plaza, sordo primero y atronador después, como los mugidos del viento huracanado. Oyéronse los gritos del suplemento á *El Pueblo Soberano*. «¡Justicia para todos! ¡Á la cárcel los ricos!»

Y una lluvia de pedradas hizo trizas en un segundo cuantos cristales había en los balcones de D. César Fernández y del Roble.



XII

NUNCA fué mi fuerte la diplomacia, y siempre gusté de llamar al pan, pan, y al vino, vino, y de llegar de un punto á otro, sin habilidosos rodeos, por el camino más corto que enseñan las matemáticas: la línea recta.

Mas aquella línea recta que había trazado yo de mis incertidumbres y temores á la poderosa influencia de D. César Fernández y del Roble, torciéronmela de repente el estrépito de los cristales que se rompían, y los gritos sediciosos de la plebe amotinada.

¿Quién se presentaba al Magistrado en tan críticos momentos, para otra cosa que no fuese sacarle del aprieto, y ayudarle á ponerse en salvo?...

Dejé, pues, mi honrada línea recta, para

tomar este atajo diplomático, y corrí sin perder un momento á ofrecer á D. César y á su familia un asilo seguro y salvador en el palacio de mis tíos.

La empresa no era difícil: tenía la casa de D. César una puertecilla falsa que daba á un gran corralón, vecino á la antigua Judería, cuyo laberinto de callejas era lo más á propósito para favorecer una fuga.

Conocíalo yo todo él palmo á palmo, y más todavía las entradas y salidas del corralón, donde me llevaban en mi niñez, con harta frecuencia, á jugar con las niñas de D. César.

¡Ah!... ¡Las niñas de D. César!... Seis eran ellas; seis... Seis ángeles morenillos, cuyas caritas de pulga veo al través de mis lejanos recuerdos, como átomos negruzcos en un rayo de sol; como infusorios judiciales en el tintero monumental de D. César Fernández y del Roble... Olga... Beatriz... Ofe-
lia... Eloísa... Edita... Cimodocea... Coro de ángeles que hoy tendrán bigote y aun barba corrida; nido de palomas cuervas, en cuyo fondo encontró la precocidad de mi corazón... ¿Lo digo?

Preciso será decirlo, si he de explicar

bien un incidente capital de aquella noche memorable.

¡En aquel coro de ángeles morenillos entonces, y hoy de pergamino; en aquel nido de palomas, hoy gallinas cluecas, encontró mi precocidad andaluza, á los nueve años, la primera pasión de mi vida!...

Habíame contado Pepe Crespo, el hijo del administrador de mis tíos, que tenía una novia á quien hablaba por la reja.

Él le había regalado á ella una libra de chocolate de vainilla.

Ella á él, una corbata de raso verde, con lunares tornasolados.

Desde aquel momento comencé yo á desear también una Cloris que me regalase corbatas, una Silvia á quien dar yo golosinas; y mi inquieta imaginación revoloteaba en torno de las niñas de D. César, únicas que yo conocía, de Olga á Beatriz, de Ofe-
lia á Eloísa, de Edita á Cimodocea, como se revuelve la mariposa de la azucena al clavel, del jazmín á la mosqueta, titubeando sin cesar, dudosa siempre, con las alas abiertas y palpitantes.

Decidíme al cabo... Una tarde fuí á jugar, como de costumbre, en aquel corralón, cuya enorme puerta aplanada me re-

cordó siempre, desde entonces, aquello del *Romancero*:

... desde aquella torre mocha,
Una vira me han tirado.»

Las niñas de D. César, sentadas en el suelo, formaban un verdadero montón, en torno de Olga, que figuraba ser la madre que requiere aquel juego:

«De Francia vengo, señora,
Por hija de portugués;
Que en el camino me han dicho,
Que buenos hijos tendré.»

Yo me acerqué sin vacilar al grupo; metí la mano en el montón, y saqué á una por el pelo... Salió Cimodocea.

La víctima chillaba, como debieron chillar las Sabinas al verse arrebatadas por los feroces compañeros de Rómulo y Remo.

Entonces, con claridad y corrección, le expliqué mi conducta.

—¿Tú quieres ser mi novia?—le dije.

Ella, con severa dignidad, me respondió:

—Mía, no tires..., que pa hablar no es menester arrancarle á una el pelo.

Con mayor vehemencia aún, torné á exponer mi demanda:

—¿Tú quieres ser mi novia?...

Entonces sucedió una cosa que no he olvidado nunca, y me ha servido más de una vez de criterio para juzgar ciertos manejos femeniles. Aquel renacuajillo que aun no contaba ocho años y medio, parte infinitesimal de una mujer calculadora, se condujo como cualquiera hija de Eva hecha y derecha, que por raro caso dejara traslucir hasta el fondo de su pensamiento.

Arreglóse el delantalillo, sucio y maltrecho, torció la carita de pulga, mirándome de soslayo, y dijo con todo el cinismo de su inocencia:

—¿Y seré yo la marquesa?...

Y yo, tan adoquín de niño como en semejantes casos lo suelen ser todos los hombres, respondí muy encantado:

—Pues ya lo creo. La novia del Marqués, es siempre la marquesa.

Ella, con menos timidez de la que correspondía á una Sabina recién robada, dejó escapar al fin el sí tan ansiado.

—Pues entonces, bueno...

—Pues entonces, toma...

Y al mismo tiempo que mi corazón, díle en arras cuanto llevaba en los bolsillos: un trompo sin púa, tres castañas pilongas y una hebilla de los tirantes que se me había descosido.

—Y hablaremos por la reja, y me regalarás una corbata.

—Pero tú me regalarás á mí yemas de San Leandro.

—Bueno—dije yo.

Y quedaron con esto firmadas las capitulaciones.

Mas el cumplimiento de ellas nos trajo la ruina, la encarcelación y el destierro.

Cimodocea reclamó sus yemas de San Leandro. Yo se las llevé, es cierto; pero me las comí en el camino.

Reclamé yo también la corbata prometida, y ella me la dió al cabo de dos días, detrás de la *torre mocha*, envuelta en un pliego de planas.

Era un corbatín antiguo, color de castaña obscuro, de esos de nudo hecho, capaz de darme una vuelta á la cintura y tres muy cumplidas al cuello.

Admiré la previsión de Cimodocea, que había tenido en cuenta el caso de que yo creciese y engordase; mas no formé gran

concepto de su buen gusto, ni tampoco de su magnificencia.

El corbatín parecía usado.

Púsemelo, sin embargo, al día siguiente, recogiendo en oportunos pabellones todo lo que sobraba, y fuíme á pavonear al círculo de mis amigas, sin acordarme siquiera de que hubo en el mundo una Raquel que, por amor á su Jacob, robó los penates paternos.

Mas quiso nuestra mala suerte que á la hora de la merienda apareciese por allí D.^a Ambrosia, la madre de las niñas; excelente señora á quien el afán romántico de D. César, de poetizar las cosas con los nombres, había transformado en una ración bien cumplida del manjar de los dioses, llamándola, en vez de Ambrosia, *Ambrosta*. Por esto y por lo vulgar y rechoncho de la buena señora, llamábanla mis burlones paisanos *El puchero del Olimpo*.

Noté á poco, con cierta inquietud y zozobra, que los penetrantes ojos de *la Jueza* se fijaban en mi corbata con importuna insistencia, y recorrían después, airados y escrutadores, el círculo de sus hijas.

Todas engullían tranquilas; sólo Cimodocea parecía sobresaltada.

De repente sentí en torno de mi cuello las manos de D.^a *Ambrosia*, que sin ceremonia de ningún género me quitaba la corbata.

Miré aterrado á Cimodocea... Ella, para disimular su turbación, se metía los dedos en las narices, de modo poco correcto.

Doña *Ambrosia* examinó la corbata por todos lados, guardóse la en el bolsillo, y con su majestuoso continente de olímpico puchero, salió de la estancia.

Cimodocea desapareció también como por encanto; desbandáronse sus hermanas, y quedé yo solo, sin corbata, abatido y humillado, como un pavo real á quien cortan la cola.

Á la tarde siguiente, volví lleno de zozobra al corralón, teatro de mis ansias.

Salióme al encuentro Olga, con faz muy airada.

—¡Anda, *aratoso!*—me dijo.—Cimodocea está castigada en el cuarto de las esteras, á pan y agua...

No fué mayor que el mío el pasmo del Eudoro de Chateaubriand, al saber la prisión de la Cimodocea auténtica.

—¡Sí, sí!—afirmó Olga con verdadera furia.—Porque te dió una corbata de papá, y era tu novia... ¡Anda, *aratoso!*

Y me tiró un pellizco... Pero ¡qué pellizco, señor!... Verdadero pellizco de cuñada, retorcido y doloroso como un remordimiento de conciencia.

Pues bien... Este episodio infantil, que deliberadamente he narrado, como prueba de la facilidad pasmosa con que un dicho imprudente ó una palabra escapada empuja á veces á los niños por caminos que otra palabra imprudente ú otro dicho escapado pueden tornar de risibles en peligrosos, produjo sus efectos.

Crecí yo; creció ella, trocándose su carita de pulga en cara de curiana; separáronnos extensas tierras y anchos y dilatados mares, y siempre vivió en aquella Cimodocea, como en la heroína de los Mártires, la esperanza de atrapar á su olvidadizo Eudoro.

Mil veces sorprendí en ella miradas fugitivas, suspiros comprimidos, y demás *alimañas* sentimentales que infestan el peligroso verjel de los enamorados, y su abnegación por mí fué tanta y tan atrevida, que explica perfectamente lo que en obsequio mío hizo aquella noche inolvidable.

